

Matilde Espinosa, poeta universal

Guiomar Cuesta Escobar

Poeta

Miembro Correspondiente

Academia Colombiana de la Lengua

.....
Las mujeres en nuestro país han escrito su historia, algunas han defendido sus derechos, rompiendo fuego, y este es el caso de Matilde Espinosa, que ha traducido a su lenguaje poético esa soledad y las injusticias que no sólo son suyas, sino de tantas y tantos seres humanos.
.....

Para hablar de una de las más grandes poetas colombianas me referiré a una mujer del Cauca, la cual marca un hito en la literatura hispanoamericana: Matilde Espinosa.

Matilde Espinosa nació y pasó sus primeros años junto al volcán del Huila, en Tierradentro, donde nació y se crió, lugar en el cual su mamá se desempeñaba como maestra rural. Perteneciente a una familia pobre que vivía entre indígenas, y en este entorno se desconocían los estratos y las diferencias. Su infancia fue de total aislamiento y supo del dolor y la pobreza de este núcleo humano, que la marcaría para siempre.

La impactó ante todo, la imponencia del paisaje que rodeó su niñez: la montaña, el río, el bosque. Muchas de sus primeras palabras fueron en lengua paez y el castellano lo aprendió en su familia. Años de aislamiento. Este

caserío, Huila, era un área inabordable, inalcanzable, tanto que ahí se refugiaban los perseguidos de la justicia.

Creció rodeada de la cultura mítica de los aborígenes, duendes, lloronas y patasolas, amando su entorno, enamorada de su esencia y de su país. A la edad de 15 años se va con su familia a vivir a Popayán, donde conoce a Efraín Martínez, artista ya famoso, y dos años más tarde se casa con él, luego viajan con una beca que recibe el pintor, a París. Viven algunos años en la Ciudad Luz donde nacen sus dos hijos.

Al regresar a Colombia la vida con Efraín se volvió imposible. Toma la decisión de separarse de él, alentada por su madre, que no podía soportar el terrible sufrimiento de su hija. Hecho inaudito para aquel entonces, que una mujer tomara la iniciativa de dejar a su marido. Efraín la acusó de abandono del hogar, y tuvo que alejarse de Popayán, hasta encontrar refugio en el Consulado de Chile en Cali, donde no la podían apresar por ser considerado territorio chileno. De esta forma se libró de terminar presa en la cárcel de La Magdalena.

Las mujeres en nuestro país han escrito su historia, algunas han defendido sus derechos, rompiendo fuego, y este es el caso de Matilde Espinosa, que ha traducido a su lenguaje poético esa soledad y las injusticias que no sólo son suyas, sino de tantas y tantos seres humanos. Es el dolor de su vivencia y la realidad de un país que se ha debatido en medio de la guerra, desde el inicio de su historia.

Aquí no termina la lucha de Matilde Espinosa. Con su separación se traza el rumbo de una nueva mujer, que se enfrenta en Cali, al fundar la Revista *Avanzada femenina* junto con otras mujeres, a la dura tarea de obtener el derecho al voto para la Mujer, el simple hecho de ser consideradas como ciudadanas. Se encuentra luego con un grupo de camaradas, de mujeres comunistas, nunca tuvo afiliación a este núcleo político, pero se unió en cuerpo y alma, a la labor emprendida por estas mujeres.

A lo largo de su vida, nos cuenta Gabriela Castellanos, en su libro: *Matilde Espinosa: Inocencia frente al fuego*, nuestra poeta toma la determinación de no dejarse vencer. Su vida es un milagro, una victoria frente a la muerte, como lo son también sus poemas.

La reacción del poeta ante la tragedia de la guerra, es muy antigua, se remonta a la Biblia, por ejemplo en Isaías 47:5, sobre las ruinas de Babilonia, por la crueldad usada con los hijos de Israel, el Señor habla así: «Tú, ioh hija de los caldeos!, infeliz Babilonia, guarda un mudo silencio, y escóndete en las tinieblas, porque ya no te llamarán más la señora de los reinos». Por lo tanto, el silencio es la desaparición, la muerte. Lo que no se nombra no existe. Es la complicidad del mal la que silencia e impide expresar una verdad, una realidad que al verbalizarla se exorciza y libera.

Leemos en Job 4: 1-2: Entonces Elifaz de Temán, rompiendo el silencio, dijo: «Si empezamos a razonar contigo, quizá no te gustará lo que diremos; pero, ¿quién podrá contener las palabras que ahora vienen a la boca?»

Matilde cuestiona acerca de la muerte que se tomó el país, desde hace ya tanto tiempo y en el poema *¿Dónde estarán?*, nos recuerda:

Y cómo hemos de entender / esto que el hombre llama muerte: / pequeño tramo, / o campo abierto... / Nos arrimamos al recuerdo / y a la orfandad de las palabras / buscando rastros en las cosas... / Todos llevamos nuestra muerte / como el vestido de fiesta, / sin conocidos, sin encuentros / y con la angustia de estar solos.¹

En el poema: *Los héroes perdidos*, nuestra poeta, habla de cada campesino, hijo, padre o hermano, desaparecido o muerto en Colombia:

Cada brazo de tierra / con su vivienda sola, / donde sufre la sangre silenciada, / me ciñe a la figura / de los héroes anónimos... / Aunque nunca regresen sus acentos, / su corazón y su latido, / es presencia constante, / y tambor bajo el cielo.²

Matilde nos abruma en su poema *Las Ciudades* con este verso magistral: «Cuántos héroes sembrados en olvido / sienten este correr de tiempo desbordado?»³ Tiempo que se desbordó en su palabra frente a la complicidad del silencio, por esta razón se cierra a las promesas y a las posibilidades, y en su poema *Habla el secreto*, nos lo reitera:

¿Será que me traiciona el aire, / el gesto, el girar de la tierra / bañada por el incesante gotear del corazón del mundo? / ... y camino la montaña en su duelo / de sombras y de sangre. / Me cierro a las promesas / y cuando la palabra vuela / en busca de un espacio / le recuerdo su «condena a muerte».⁴

La historia se remonta a los quechuas, cuando las Princesas Incas (las Nustas), nos expresan su dolor ante la muerte de Atahualpa a manos de Pizarro, en 1553. El poema se titula *El llanto de las Nustas*:

¹ *El mundo es una calle larga*, Bogotá, Tercer Mundo, 1976, pág. 20.

² *Los héroes perdidos*, Bogotá, Trilce Editores, 1994, pág. 11.

³ *La poesía de Matilde Espinosa*, Selección y notas de Guillermo González, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1980, pág. 149.

⁴ *La ciudad entra en la noche*, Bogotá, Trilce Editores, 2001, pág. 29.

Lloramos / lágrimas de sangre; lloramos / desesperadamente, a gritos; / lloramos, que el sol para siempre / la luz de sus ojos quitó.

En *La Divina Comedia*, en los Cantos del Infierno, especialmente en el Círculo Séptimo de la violencia, cuyo guardián es el Minotauro, Dante nos dice:

Mas ve en el valle, que la cuesta toca / ese río de sangre en que se anega / la violencia que de otro el mar provoca. Versos 1512 al 1514.

Violencia tan antigua y dolorosa que Matilde Espinosa la descifra en este poema, *La ciudad entra en la noche*:

No es el diluvio / ni el naufragio que espanta; / es algo más profundo / es el duelo palpitando / sobre la carne viva / pobre el juguete muerto / del niño que indaga / la soledad del mundo.⁵

Esta voz de Matilde se convierte en «palabra sin tiempo» y consciente de que «...la patria es algo que se hace constantemente y que se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida o la abandona, la pierde...», como muy bien lo expresó el gran poeta Antonio Machado. Entonces, Matilde, no puede deponer sus armas de lucha, ni odiar su país, y toma esa otra arma indeleble, la poesía, para reconstruir a Colombia de las cenizas. Epifanía del dolor, ese otro símbolo implícito del poder de exorcismo que posee la poesía de Matilde Espinosa.

Pero es al leer la obra de la gran poeta rusa Anna Ajmátova, 1889-1963, donde entendemos el gran sentido de patria y de pertenencia de estas dos mujeres, a Rusia o a Colombia. Los poemas de Anna eran leídos en los templos de la contracultura, como hoy día se lee en nuestro país la poesía de las mujeres, puesto que un velo se tiende sobre la obra total de las

poetas. Anna de todas las Rusias, la famosa Emperatriz Errante, que estuvo casi 30 años a la deriva, exiliada dentro de su propia patria. El Comité Central, en la época funesta de Stalin, veta su poesía, expulsa a Ajmátova de la Unión de Escritores y sus libros que estaban acabando de imprimirse en Moscú y Leningrado, fueron destruidos.

El Secretario del Comité Central la acusó de reaccionaria y carente de ideas y sindicó a sus versos de individualistas, pertenecientes a la vieja cultura aristocrática. Mientras su fama, que nunca pudo desbaratar el estado de sitio al que estuvo sometida su persona, se transforma en adoración para sus lectores, que no permitieron que sus poemas desaparecieran. Su mítico poema *Coraje*, corrió de boca en boca igual que un himno y los soldados en la guerra lo escribían con cuchillos sobre los troncos de los árboles:

Sabemos qué hay en cada plato de la balanza / y qué es exactamente lo que está sucediendo. / La hora del coraje suena en nuestros relojes / y ese coraje nunca desertará de nosotros. / No pueden asustarnos con su granizo de plomo, / ni nos amarga vivir sin un techo sobre nuestras cabezas. / Nosotros te preservaremos, lengua rusa, / ipoderosa palabra rusa! / Te transmitiremos a nuestros nietos / libre, pura y a salvo / ¡para siempre!

Así mismo, la voz de Matilde Espinosa subversiva y adelantada, vaticinadora del futuro de su país y de su entorno social, sobrevivirá al olvido. Anna Ajmátova en el poema *Epílogo* nos reitera:

«Vi cómo los rostros se ajan fácilmente, / cómo bajo los párpados el miedo brilla, / cómo —escritura acuñada— duramente / el sufrimiento se inscribe en las mejillas... / Para mí misma sólo no reza mi voz, / sino por las que allí vieron mis ojos, / en el tórrido julio

⁵ *La ciudad entra en la noche*, Bogotá, Trilce Editores, 2001, pág. 39.

y en el frío feroz, / juntas conmigo bajo el ciego muro rojo. /... A todas por sus nombres quisiera evocar, / la lista me arrancaron y ahora dónde buscar. / He aquí una gran manta para ellas tejida / de pobres palabras de ellas oídas...»

Esas mejillas de Ana Ajmátova, donde queda tatuado el dolor de un pueblo, el ruso, y el de las mujeres que por dos años la acompañaron en las filas de la cárcel, y que al igual que ella le llevaban una porción de comida a su hijo, esposo, o hermano y que se transforma en Matilde en el poema Sigo preguntando:

Pienso en el dolor de otras mujeres / de otras madres, / oyéndolas me escucho. / Me llamo con sus nombres / y con los nombres de sus hijos / llamo los míos. / ¿En qué patria / en qué sueño?.../ Y sigo preguntando / si preguntar es algo redivivo / pegado a nuestra sombra: / corazón, llanto, bandera / cubriendo soledades.⁶

Matilde, es por encima de todo, *Mujer coraje*, sufre la muerte de su hijo Manolo Martínez, en Popayán, a manos de un sicario, y lo registra en su poema La nube blanca:

Por qué te adelantaste / hijo mío, a mi paso final, / quizá ignorabas que este dolor / no tiene semejante / ni cabe en las palabras.../ La soledad partera de la muerte / debió apagar las pupilas plenas de soles / y cielos errabundos. / Debíó cerrarte las pupilas / que me siguen buscando / en este laberinto donde acuno / tu sombra. / En la nube más blanca / te devuelvo a la infancia / y te sigo esperando.⁷

Es en la sencillez y en la diafanidad del lenguaje utilizado por Matilde Espinosa, donde descubrimos la autenticidad de su *Compromiso*, como el que todos los grandes poetas del mundo,

.....
Es en la sencillez y la diafanidad del lenguaje utilizado por Matilde Espinosa, donde descubrimos la autenticidad de su *Compromiso*, como el que todos los grandes poetas del mundo, han hecho con su tiempo y su país.
.....

do, han hecho con su tiempo y su país. El cual vemos muy claro en su poema Tu nombre:

Donde pueda / escribiré tu nombre / tierra amada / jugando a ser eterna. / Escribiré tu nombre / para nunca olvidar / la letra grande / la que empieza a ceder / cuando la lluvia barre / las noticias donde se agota / el llanto por tus muertos y los míos. / Tierra amada: Nos ahoga / y el huracán se complace en / repartirla.../ El trueno siniestro / nos conturba y nos duele / amada tierra mía.⁸

El dolor de Matilde por esos seres queridos perdidos durante esta guerra absurda en que se debate Colombia, no la ha detenido, ni le ha impedido renovar cada día su compromiso y su valor, para hacerle frente con la verdad a este silencio cómplice y asesino, a esta indiferencia general que se apoderó de Colombia, anestesiada ante este alud de muerte y de miseria. Su poema Las madres es una esperanza que se cifra en este ser dador de la vida por excelencia:

Si hay canción / y las palabras suenan a eternidad / golpeando los párpados de un dios, / si la voz y la ternura / cubren con su

⁶ *Señales en la sombra*, Bogotá, Trilce Editores, 1996, pág. 111.

⁷ *Los héroes perdidos*, Bogotá, Trilce Editores, 1994, pág. 71.

⁸ *La ciudad entra en la noche*, Bogotá, Trilce Editores, 2001, pág.73.

calor toda la tierra, / son ellas creando con
música celeste / el amor sobre un pequeño
rostro. / En la bruma / o en la hora fulgente
/ navegaron sus sueños / para hacer más
profunda / la primera canción.⁹

Algo muy profundo se remueve, como en el
poema de Miguel Hernández: Sino sangriento,
cuando se vio envuelto en la guerra civil
española:

Me veo de repente / envuelto en coléricos
raudales, / y nado contra todos desespera-
damente, / como contra un fatal torrente de
puñales...

De la misma forma, al descender al dolor
más agudo, al martirio, a la desesperación total,
surge el milagro de la poesía, Matilde nos
entrega un nuevo aliento, al reivindicar con la
luz de otra aurora, la vida que renace.

Es así como Matilde Espinosa sobrevivió a
la muerte de sus dos hijos, a la de su amado
esposo, Luis Carlos Pérez y a una operación de
corazón abierto, ante la cual se manifiesta en el
poema, Corazón abierto:

Los remos de la noche / deslizaron mi sangre
/ a la gota incesante / que hace soñar al
mundo. / No hay rojez semejante. / Si el
caudal se desborda / se enloquece la sombra
/ y bosteza el abismo.¹⁰

Matilde nos sacude del aturdimiento, de la
imbecilidad de ese silencio cómplice, en el cual
nos hundimos por tantos años. En su compro-
miso de señalar, de identificar la llaga, la
crueldad, ella nos marca con una huella indele-
ble. En el poema Despojo lo vemos muy claro:

No busco pañuelo / para llorar / simplemente
/ me acerco a las mujeres / que inventaron el
tiempo / tejiendo coronas / para los hijos
muertos. / La pena / les hizo el mundo oscuro,

/ no volvieron a entender / sus sueños / ni
los secretos de la primavera... / Nada pudo
el salterio / de las antiguas voces.¹¹

La guerra, que por lo general no deja ideas
nuevas, porque el puñetazo no escribe sino que
borra y niega, nos entrega con Matilde Espinosa
una luz que se convierte en verdad, tan clara y
directa, que es imposible apartarla de nuestra
mente, cuando en el poema Conversación, habla
de una joven revolucionaria sacrificada en la
selva del Chocó en 1984:

Más alta que la muerte / la niebla la envolvió
/ púdicamente, para enterrar / el crimen. /
Talvez no hubo queja, / ni sollozo, nada. /
Solamente el rojo vivo / de la sangre, el rojo
fuego, / la única flor que estalla y mata.¹²

De esta forma nuestra poeta se torna uni-
versal, toma las alas de la poesía de todos los
tiempos y trasciende. Me pregunto ahora, ¿has-
ta cuándo habremos de esperar que Matilde
Espinosa reciba el Premio Nacional de Poesía?
Si Rusia reaccionó y tuvo que reconocer la gran-
deza de Anna Ajmátova, ¿por qué Colombia
no se descubre también ante la inmensa poeta
que es Matilde Espinosa?

Entonces repito con la poeta rusa los cuatro
primeros versos de su poema Réquiem, aplica-
bles por entero a nuestra Matilde:

No, no bajo la bóveda de un cielo extranjero,
no al amparo de una alas extranjeras.
Yo estuve con mi gente entonces,
allí, donde mi gente, por desgracia, estaba.

Me uno al homenaje que Joseph Brodsky le
hace a Anna Ajmátova en el centenario, cuando
le agradece que haya encontrado, en un mundo
sordo y mudo, el don de la palabra. Gracias
Matilde Espinosa, por devolverle la voz a
Colombia. **bU**

⁹ *Los héroes perdidos*, Bogotá, Trilce Editores, 1994, pág. 47.

¹⁰ *La sombra en el muro*, Bogotá, Trilce Editores, 1997, pág. 11.

¹¹ *Los héroes perdidos*, Bogotá, Trilce Editores, 1994, pág. 33.

¹² *Los héroes perdidos*, Bogotá, Trilce Editores, 1994, pág. 25.